

RICARDO CANALETTI

CRÍMENES

SORPRENDENTES

DE LA HISTORIA

ARGENTINA II



A nuestra Historia le faltarían muchas páginas si se ignoraran sus crónicas policiales. Ya sea en los primeros años de la Colonia o durante las Invasiones Inglesas, con gobiernos federales o unitarios, bajo regímenes democráticos o dictatoriales, cada época también se define por sus delitos. Con su forma única de narrar, Ricardo Canaletti vuelve a sorprender con estos casos que van desde la ferocidad injustificable hasta una inocencia que desafía la credulidad. Del soldado rebelde cuya condena a muerte se resolvió tirando los dados, a los marineros italianos que trataron de matar a Sarmiento. De la versión criolla del Caso Dreyfus a los crímenes del Petiso Orejudo, el último robo de Mate Cosido y la persistente persecución al Pibe Villarino por el comisario Evaristo Meneses. Duelos y secuestros, políticos y jueces, policías y asesinos... Canaletti vuelve a investigar entre los dobleces oscuros del pasado argentino para rescatar los casos que hablan de nuestra inextinguible curiosidad por el crimen, sus protagonistas y sus justicieros.

Índice de contenido

Cubierta

Crímenes sorprendentes de la historia argentina II

I. El gobierno de un loco (Buenos Aires, 1645)

II. Todo sea para salvar al inglés (Buenos Aires, 1806)

III. Terror (Buenos Aires, 1840)

IV. Apenas un verdugo (La Rioja, 1863)

V. Muerte a los dados (Catamarca, 1865)

VI. Matanza. Venga y vea (Tandil, 1871)

VII. Demasiada pólvora (Buenos Aires, 1872)

VIII. Un gobernador secuestrado (Santiago del Estero, 1905)

IX. El monstruo argentino (Buenos Aires, 1912)

X. Don Mateocho (Azul, 1922)

XI. Papiрусas (Avellaneda, 1926)

XII. El Caso Dreyfus argentino (Buenos Aires, 1936)

XIII. Martita (Córdoba, 1938)

XIV. Viernes (Venado Tuerto, 1938)

XV. La leyenda del bandido (Chaco, 1940)

XVI. El Pibe (Buenos Aires, 1959)

XVII. Cuando cruzar las piernas fue delito (Buenos Aires, 1961)

XVIII. Historia de un pistolero (Buenos Aires/Montevideo, 1966)

[XIX. Un mal día para morir \(Monte Chingolo, 1968\)](#)

[XX. La venganza \(Rosario, 1975\)](#)

[XXI. Un crimen que nunca existió \(San Luis, 1989\)](#)

[XXII. Extraño secuestro \(San Luis, 1993\)](#)

[XXIII. Una investigación vergonzosa \(Cipolletti, 1997\)](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre el autor](#)

[Notas](#)

A mis padres.

A Leticia y Pilar.

El gobierno de un loco (Buenos Aires, 1645)

Al lado del Fuerte había unos bancos y sobre uno de ellos, boca arriba, con la pierna izquierda colgando y con la derecha estirada de tal modo que el pie regordete sobresalía fuera del borde del banco, había un hombre dormido, apenas cubierto con un diminuto calzón que a causa de un desplazamiento repentino dejaba ver toda su entrepierna. La manta había terminado sobre su estómago, como si fuese una faja. Los ronquidos, acaso potenciados por el copioso vino del almuerzo, no molestaban a nadie porque nadie dormía en los bancos salvo este Lucifer desafiante. Los mortales hacían la siesta en sus casas, como era costumbre desde épocas que se perdían en el tiempo.

Este hombre también había dormido en sus aposentos hasta que comenzó a hacerlo en esos bancos que él mismo había mandado construir en las afueras. El verano ayudaba a su descanso pero no justificaba que perdiera la conciencia a la intemperie. No podía decirse que el singular personaje fuera un miserable que no tuviese dónde caerse muerto. Si durante el día los demás esquivaban su mirada y preferían no hablarle, se debía antes al temor que a la repugnancia o, tal vez, a una mezcla de ambas. El Dios de los cristianos, pues aquí todos eran cristianos salvo los salvajes, tampoco quería saber nada con el hombre que sin pudor, por las mañanas y por las noches, se mostraba saliendo de

la cama de una de sus amantes para entrar de inmediato en la de otra.

El durmiente respondía los gestos de reproche echándose semidesnudo en un banco. Permanecía allí hasta que el sol comenzaba a bajar y aparecían los primeros caminantes que, avergonzados, evitaban pasar cerca del hereje y sus clamorosas flatulencias vespertinas. La única razón para que el durmiente callejero desafiara los principios de la convivencia entre gentes civilizadas debía de ser sin dudas, de acuerdo a la común coincidencia de los vecinos, un trastorno severo en su cerebro, alguna fiebre de enloquecimiento. Desde cuándo estaba loco, muy pocos lo podían responder. Pero esa locura se manifestó al tiempo de llegar a la Ciudad de la Santísima Trinidad y Puerto de Santa María del Buen Ayre, un poblado de inhóspita geografía.

El crepúsculo terminaba de despertar (¡vaya paradoja!) al despatarrado señor, el despreciable, soberbio, avaro, mentiroso y demente Jacinto de Lariz, caballero de la prestigiosa Orden de Santiago, con grado militar de maestre de campo del Rey, y décimo gobernador de Buenos Aires a partir del 25 de enero de 1646.

Se sentó unos minutos en el borde del banco. Tosió como si los pulmones le fueran a salir por la boca, se rascó el estómago y la cabeza, cada parte con una mano distinta. Tenía ganas de orinar y lo hizo a la vista de un soldado que se había acercado con cuidado y permanecía firme a su lado. A los hombres de uniforme les tenía el último resto de respeto que podía dispensar a un ser viviente sobre esta tierra. Volvió a sentarse, con los codos sobre los muslos y el cuerpo echado hacia adelante. El gobernador de Buenos Aires escupió y giró su cabeza hacia el soldado.

—Hoy mismo firmaré un decreto... —dijo buscando despegar la lengua del paladar y reuniendo saliva para volver a escupir.

El soldado seguía con la vista al frente. ¿A quién otro le confiaría sus planes sino a un soldado? El gobernador de

Buenos Aires, así como se lo veía, semidesnudo, con el cabello revuelto y ojos extraviados, en penoso estado de decadencia, había estado apenas unos años antes al mando de un tercio, como se denominaba a los grupos de elite del ejército español que habían combatido en la Guerra de los Treinta Años, en los campos de Flandes contra los holandeses, en Italia y en cuanta región de Europa donde su país tuviera enemigos, que, tanto por motivos religiosos como políticos, eran muchos. Se había ganado la Cruz de Caballero, el respeto de sus soldados y la consideración del Consejo de Indias, que lo propuso a Felipe IV como gobernador del Río de la Plata.

Lariz era un hombre de aspecto corriente; sus ademanes eran justos, secos y desabridos, comía y dormía poco, caminaba mucho y había adquirido los modales de un soldado expuesto durante mucho tiempo a la andanada enemiga; solo se sentía a gusto entre soldados. No temía nada ni a nadie; en una época lejana solamente a Dios, aunque ese temor se había disipado hacía ya algunos años.

—Voy a ordenar —seguía diciéndole al uniformado, que se mostraba indiferente y aburrido— que su majestad, es decir yo mismo, deberá ser conducido a sus dominios de la administración solo cuando no haya ningún prelado en cien metros a la redonda. Y que cada soldado deberá venir acompañado por una doncella... —una ventosidad de singular estrépito lo distrajo de sus disquisiciones, que ya no retomó. Su rostro mostraba resignación.

Para Lariz, los preceptos de la Orden de Santiago —fundada en 1170 y aprobada por el papa Alejandro III— ya no eran más que palabras. Esos mandatos permitían, para remedio de la flaqueza humana, «el matrimonio a los que no pudieren ser continentes; guardando a la mujer la fe no corrompida y la mujer al marido, por que no se quebrante la continencia del tálamo conyugal, según la institución de Dios y la permisión del Apóstol San Pablo». Lariz había dejado de ser moderado a poco de llegar al puerto de Bue-

nos Aires. Él era todo lo contrario: desenfrenado, incontenente, libertino, un permanente dolor de cabeza para la jerarquía católica de la ciudad, y no solo para ella.

Cuando Lariz llegó, Buenos Aires albergaba algo más de mil habitantes blancos, entre españoles y criollos, y quinientos más si se incluía a negros e indios. Se contaban por separado porque había una clara distinción racial; el poder se distribuía entre los españoles, fueran nacidos en Europa o criollos, aunque con diferentes jerarquías sociales, con blancos que no pertenecían a la elite. Pero las clases populares estaban conformadas exclusivamente por indios, africanos y sus descendientes, y distintos tipos de mestizos. Otro grupo destacado de pobladores hacia la primera mitad del siglo XVII era una cantidad desconocida pero persistente de murciélagos.

¿Buenos Aires era una ciudad? No. Apenas un poblado de enormes chozas esparcidas sin orden y separadas por interminables potreros, con patios grandes como las plazuelas de hoy. ¡Había tanto espacio! Pero el terreno era húmedo, con charcos y pantanos; las calles se convertían en ríos cuando llovía y en lodazales cuando dejaba de hacerlo. Afortunado aquel que vivía en los altos, porque los bajos eran tan bajos que nadie advertía con precisión dónde terminaba el río y empezaba la tierra. Poseer una puerta de madera significaba ser rico.

En fin, el lugar al que Lariz había venido a gobernar era chato, feo, insufrible y muy religioso, debido tal vez a las constantes plegarias de sus habitantes para que no lloviera. Todo era muy penoso. La Iglesia Mayor era un rancho; el Fuerte, una construcción de adobe, y al Cabildo le faltaban 164 años para adquirir el aspecto con el que sería reconocido en la actualidad, porque a mediados del siglo XVII era tan ruinoso que los cabildantes preferían reunirse en la casa de alguno de ellos para tratar los asuntos públicos. La Plaza

Mayor, un terreno baldío. En resumen, era el lugar más pobre de la América sureña.

En alguna que otra casa se podían encontrar cuadros colgados de las paredes y hasta vajilla, pero en el caserío había poco y nada. Y si alguien quería procurarse algún mueble o prenda de vestir de calidad, por ejemplo, además de tener una posición acaudalada debía contar con mucha paciencia, porque por entonces la Corona española había dispuesto cerrar el puerto de Buenos Aires debido a que no le encontraba provecho y, como es sabido, aquello cuya utilidad no se conoce, se guarda o se cierra. La consecuencia de esta política fue que la mayor parte de las mercancías debían ser encargadas a España. De allí partían los envíos, desembarcaban en Panamá, cruzaban el istmo, embarcaban nuevamente hasta Perú y se las transportaba hacia el sur por el altiplano. En fin, se necesitaba mucho dinero para solventar semejante viaje, considerando además el estado en el que podían llegar los envíos. Con ese panorama, era comprensible que el negocio más fructífero de la región fuera el contrabando, sobre todo de productos portugueses desde Brasil (no es casual que cuarenta y cinco de los cincuenta extranjeros que había en la ciudad fuesen portugueses).

Buenos Aires jadeaba; había muy pocas razones para permanecer aquí. Y en este lugar sin destino cayó Lariz. No conocía casi nada y hay quien rastrea su locura ya en 1645, cuando aceptó el encargo de mandar en las lejanas tierras del sur de América. Hasta su viaje fue extraño. ¡Desembarcó en Panamá! En 1646 llegó a Lima por el Pacífico. El virrey Pedro de Toledo y Leiva lo miró con desconfianza. ¿Cómo enviaban a este pequeño soldado sin modales ni cultura? Pensó de inmediato que los integrantes del Cabildo de Buenos Aires no iban a creer que ese hombre chocante pudiera desempeñarse como gobernador y para evitar problemas le extendió un certificado que así lo acreditaba: gobernador del Río de la Plata. En otras palabras, se

encargó de ratificar por escrito con su firma y sello la veracidad de semejante nombramiento. Lariz, mientras, parecía no tener apuro alguno por llegar al puerto de Buenos Aires. Se embarcó en El Callao y navegó por la costa chilena. Cruzó la cordillera y llegó a Mendoza, único lugar del que había escuchado hablar, además de Buenos Aires. Allí se había establecido su medio hermano, a quien fue a visitar. Luego llegó a Buenos Aires y, como era de esperarse, todo anduvo mal.

Es una especulación errada decir que Lariz no conocía las buenas maneras y las costumbres civilizadas. Por supuesto que las conocía, pero las aplicaba con unos u otros según le diera la gana. Apenas conoció a los miembros del Cabildo, uno por uno los maltrató haciéndoles notar a los gritos sus defectos físicos y luego calificándolos, a cuento de nada, de vagos, rústicos, ignorantes, en fin, hombres de la peor calaña. No era la primera vez que un mandatario pensaba las más despreciables cosas de los miembros de su administración, pero que se les plantara enfrente y les rugiera en la cara y a la vista general era algo nunca visto. Debido a que todos eran para él inútiles, decidió no verlos más.

Pero faltaba aún la otra pata del poder, la Iglesia. El obispo de Buenos Aires, fray Cristóbal de la Mancha y Velasco, le caía a Lariz como una patada en el trasero, y dado que el gobernador no tenía diplomacia, tacto ni amigos, por qué su alocada cabeza iba a hacer diferencias con la máxima jerarquía eclesiástica.

A estos problemas, hasta entonces inéditos en Buenos Aires, se agregó otro de gran complejidad, relacionado sin duda con la psiquis del gobernador, que creaba dificultades donde no las había, como hizo de buenas a primeras con los oficios religiosos. El año litúrgico era tan importante en la vida social como el calendario productivo. Pascua y

Navidad, las fiestas de la Virgen y el Corpus Christi, las fogatas de San Juan Bautista, las fiestas de los santos patronos de cada localidad; había juegos, música, pirotecnia. En la Cuaresma —período entre el Carnaval y la Semana Santa— la confesión era obligatoria, así como comulgar, no consumir carne y cumplir abstinencia sexual. La costumbre indicaba que ninguna ceremonia ni servicio religioso, desde los cotidianos hasta los más trascendentes, podía empezar sin la presencia del gobernador. Lariz vio en ello una oportunidad. Comenzó a retardar de manera deliberada su llegada a la Iglesia Mayor (actual Catedral de Buenos Aires), primero unos minutos, después media hora y luego el tiempo que se le ocurriese, poniendo seriamente a prueba los nervios de los prelados. Más que una descortesía, parecía una provocación. Al llegar, mostraba con orgullo una sonrisa burlona que le cruzaba el rostro, como si quisiera decirles a todos que él los consideraba unos patanes. Esa sonrisa... Decía mucho más con ella que con cualquier palabra, como si asegurara: «Hago esto porque soy superior a ustedes».

Para cuando arribaba, tranquilo, risueño y muy calmado, todos le clavaban sus ojos rojos de furia. Era lo que el gobernador esperaba. Y una vez que, ya todo listo, el obispo subía al púlpito y se disponía a hablar, el señor gobernador se movía inquieto en su sitio, se levantaba y salía a tomar aire hasta que De la Mancha y Velasco terminara su sermón.

Los desplantes llegaron hasta la mismísima Semana Santa. La costumbre imponía para esa época que el obispo entregara la cruz al gobernador. Pero cuando Lariz la recibió, con gran desprecio y sin mirarla, se la pasó a un soldado y permaneció a un costado de la procesión, sin caminar detrás de los miembros del Cabildo, como era la usanza. Un infame, se rumoreaba; un hereje, se decía lejos de Lariz; Buenos Aires, para colmo de males, tiene un gobernador desquiciado, coincidían todos. ¿Por qué España les hacía esto? ¿Por qué había designado gobernador a un loco?

Nada era suficiente para el señor gobernador. A Jacinto se le ocurrió meter su mano en el bolsillo del obispo, es decir, en el de la Iglesia Católica. Si la Biblia dice: «Dios ama al que da con alegría», los feligreses y la jerarquía católica de Buenos Aires se enfrentaban a la contradicción de que Dios, puro amor, debía odiar a Lariz, un personaje intolerante, que no daba ni dejaba dar. ¿Qué haría el Supremo con Lariz? ¿Qué harían ellos mismos con Lariz? Si bien su maldad era patente, antes de que interviniera Dios y lo fulminara se esperaba que el obispo hiciese alguna cosa para frenar a este depravado designado por la Corona española.

El obispo elevó un informe sobre la locura del gobernador a la Audiencia de Charcas, el más alto tribunal de la Corona de España con jurisdicción en estas tierras. Jacinto, por supuesto, estaba enterado de la medida del obispo, y parecía que su estrategia era abrir todos los frentes posibles de conflicto. La sorpresiva muerte de Pedro Sánchez Garzón, un vecino de apreciable fortuna, le vino como anillo al dedo. El hombre había legado a la curia dos casonas imponentes, una de las cuales, de acuerdo con la voluntad del difunto, el obispo debía vender y destinar el dinero obtenido al socorro de los desvalidos. Con la otra propiedad creó un seminario en la ciudad, sin advertir que, según las disposiciones legales, para eso debía tener el permiso del gobernador.

Era una oportunidad de oro para Jacinto. Apenas salió el sol se dirigió con una escolta militar a la casa destinada a seminario, entró con paso marcial, al frente de los soldados, y a patadas y empujones arrojó a la calle a cada cura que se interpuso en su camino. Fueron cuatro sacerdotes los que sufrieron la humillación de terminar con sus hábitos por el piso, llorando y aferrándose a sus crucifijos como si frente a ellos estuviese ni más ni menos que Satán. «Salgan inmediatamente o los cazaré a bofetadas y puñaladas; aun-

que el mismísimo San Juan Bautista estuviera aquí en hábito de clérigo, de la misma manera lo haría salir», bramaba Lariz con expresión de fiera sin igual, la frente contraída y el rostro colorado. Los pobres curas, temblando sin parar, doblaban las espaldas sumisos mientras eran golpeados y llevados a los empujones; paralizados por el miedo al diabólico personaje, se encogían, se caían, se arrastraban, hacían lo que podían para alcanzar la salida.

Lariz desocupó todas las dependencias, arrojó al barro de la calle los muebles del pobre Sánchez Garzón y clausuró el frustrado seminario. Antes de irse advirtió a sacerdotes y empleados que nadie debía atreverse a abrir el seminario bajo pena de ser echado a golpes, o tal vez algo peor. Luego de dejar una guardia, se alejó con el resto de sus hombres. Los curas se retiraron, santiguándose, ¿qué otra cosa podían hacer? Reunidos a prudente distancia del centinela, lloraron sin consuelo.

El obispo tampoco era un hombre fácil de llevar. Apenas se enteró del agravio, le aplicó a Lariz la pena más dura que pudiera recibir un pecador: lo excomulgó, lo expulsó de la Iglesia. Si tanto deseas los bienes de este mundo, yo te privaré del Cielo, parecía pensar el obispo. El expediente contra Lariz iba a ser enviado a Charcas y solo faltaba la firma del escribano, pero... ¿qué escribano? En un año, Lariz había logrado, además del repudio general, que todo el mundo le temiese. No había escribano en Buenos Aires que se animara a firmar ese legajo contra el gobernador, por miedo a sus represalias. El expediente viajó a Charcas sin la firma de notario alguno.

Nada de lo que pudiera disponer la curia de Buenos Aires inquietaba a Lariz. Desde hacía meses, sus preocupaciones estaban puestas en corroborar si eran ciertas las versiones que circulaban acerca de que los jesuitas habían encontra-

do oro en la región de Misiones. Si había oro, debía ser suyo. Lariz estaba loco, sí, pero por el oro.

Pensó que debía tomar contacto con los jesuitas y cautivarlos, subyugarlos, convencerlos, dominarlos. La Compañía de Jesús le daba mucha importancia a la actividad misionera. Se acercaban a los guaraníes de manera directa, sin intervención de los españoles, para que los aborígenes no desconfiaran, y los persuadían para cambiar el modelo de asentamientos aislados que predominaba entre ellos por el de conglomerados de pueblos. Esta era la mejor manera de alcanzar, con una sola estrategia, diversos objetivos, por ejemplo, evangelizar y controlar a los indígenas. Por supuesto, los españoles apoyaban esta iniciativa porque les permitía controlar regiones cuyos límites difusos provocaban la disputa con los portugueses.

Hubo asimismo otras circunstancias que propiciaron el éxito de las misiones jesuíticas: los portugueses incursionaban entre los guaraníes para capturarlos y venderlos como esclavos en las plantaciones de azúcar del noroeste de Brasil. Ante eso, los aborígenes no dudaban en acercarse y permanecer en las reducciones jesuitas, que además contaban con otras ventajas importantes: las misiones no tributaban impuestos, los nativos no debían costear su evangelización con trabajo y fueron los únicos en todo el imperio español que disponían de armas de fuego para defenderse de los esclavistas. Tal la situación cuando Jacinto metió la nariz olfateando oro.

Los correveidiles que nunca faltan aportaron una pista extraordinaria, como caída del cielo, para comprobar la veracidad de ese rumor. Un aborigen, de los pocos que quedaban en Buenos Aires, de apellido Ventura o Buenaventura, aparecía cada tanto en la ciudad en procura de refugio o comida a cambio de labores menores y de algún cuento que mantuviera entretenida a la gente. Ventura contaba la historia de las minas de oro que los jesuitas ocultaban, con el agregado de que él conocía su ubicación. En la mente